Voy a ser el último

JOSÉ MIGUEL HERNÁNDEZ GÓMEZ

Luzia

A mi tía T.,
porque yo no fui
la primera persona LGTBIQ+
de la familia.

Esta historia va a ser incómoda. Yo estuve ahí. Te lo digo por si quieres dejar de leer. Bueno, en verdad me da igual si quieres dejar de leer; lo que me importa es que aguantes esa incomodidad sin que vengas luego haciendo juicios morales de cómo hubieses gestionado tú todo esto. Yo hice todo lo que hice por cómo soy, cómo me educaron y cómo he aprendido a relacionarme, por todo lo que he vivido desde que nací hasta ahora, momento en el que estoy delante de la policía y tengo que contarles qué ha ocurrido sin que me consideren un loco. Ellos —no la policía, sino otros— generaron toda esta incomodidad y me la tiraron a la cara, día tras día, como el niño que tira una pelota al tejado del vecino. Pues yo, cansado de recoger pelotas que la gente tira fuera, se las tiré de vuelta a su tejado. Pero creo que no les gustó cómo lo hice. Y sé que no estuvo bien, lo sé; ahórrate lo de que, aunque no perdí la razón, sí perdí las formas. De hecho, es que también me da igual si no aguantas esa incomodidad. Quiero que leas esto y se te revuelvan las tripas y te enfades y que me llames niñato y me quieras explicar cómo funciona la vida y te rías de mí y esto te quite la sed y el hambre, y que te den ganas de comerte toda la nevera y tengas ganas de salir a la calle a gritar y que no me creas y me ignores y te dé ansiedad. Quiero que intuyas mínimamente lo que me hizo sentir a mí desde la comodidad de tu privilegio. Quiero ser el último.

1

¡Muchas felicidades, cariño! Qué feliz me hace haberte visto crecer y convertirte en el hombrecillo que estás hecho. Sabes que la tita te quiere mucho y siempre te va a querer. Sigue así de guapo y de buena persona. Un beso enorme, corazón.

Volvía a casa leyendo los mensajes de felicitación. Era mi cumpleaños. Con el buen tiempo que estaba haciendo esos días me encantaba salir de casa y pasar la mañana fuera, dando una vuelta por Madrid Río. Todavía no sabía cómo iba a pasar el día de hoy, nunca había preparado grandes cosas para mis cumpleaños. Iba a estar casi todo el día solo y me apetecía estar tranquilo, así que me tiré en el césped a leer, nunca falla. Había visto una recomendación de *Las edades de Lulú* de Almudena Grandes en Instagram y desde que lo empecé no he parado de leerlo. Siempre pensé que Almudena Grandes era una autora de adultos, con libros densos y aburridos, pero me he tenido que callar. Amor y sexo en estado puro, sin pudor ni juicios morales, humor negro, seriedad y naturalidad y que cada uno saque sus conclusiones de esta historia. Leer siempre conseguía envolverme en una burbuja opaca y aislada del mundo exterior. Supongo que a uno no le cuesta concentrarse en una historia ajena cuando la suya no es ni remotamente más interesante que la del libro más mediocre de la estantería. Entre bichos, bicicletas y perros curiosos se pasó la mañana y

cuando me di cuenta ya eran las dos de la tarde y tenía un hambre que me moría, así que empecé a caminar hacia el piso. El primer mensaje que vi fue el de mi tía María, la hermana de mi madre. Era igual de cariñoso que de costumbre. Siempre se ha mostrado cercana a mí, aunque no la conocía en profundidad, la verdad. Mi madre y ella nunca han tenido una relación muy estrecha. No se llamaban, no quedaban. Solo se veían en Navidad y en el cumpleaños de mis abuelos, cuando estaban vivos, así que desde hace seis años ni eso. El mensaje que no fue tan cariñoso, como de costumbre también, fue el de mi madre:

Que tengas un feliz cumpleaños, Fernando. Espero que te lo pases bien, ya que no has querido venir otro año más a casa para celebrarlo. Ten cuidado por Madrid.

Mi madre era una roca durísima. De esas madres a las que cuesta llegar, de las que no regalan los abrazos ni los *te quieros*, de las que no usan diminutivos con tu nombre. Cuando no tienes más referentes de madres, te parece normal. Luego vas a casa de tus amigos y sientes un pequeño pinchazo llamado envidia. Obviamente, nunca ha faltado en mi vida. Me ha dado todo lo que he necesitado, me ha escuchado cuando se lo he pedido, le he llorado, me ha cuidado y me he sentido querido por ella, aunque me haya costado mucho tiempo entender su forma de querer. Supongo que ella es así, cada persona demuestra su amor de forma diferente y la suya no era explícita ni tierna, sino rígida y segura, contenida.

Mi padre, en cambio, era más espontáneo. Me escribió un wasap diciéndome que le llamara cuando estuviera libre.

—Qué pasa, tío, muchas felicidades.

—Muchas gracias.

—Qué dices, ¿cómo se presenta el día? ¿No trabajas hoy?

—No, ayer mi jefe me dio el día libre, así que poca cosa, esta mañana he salido a dar una vuelta y ahora estoy volviendo al piso. Lo mismo hago algo con Miriam esta noche cuando vuelva de las prácticas.

—Ah, muy bien, muy bien.

—¿Y qué tal vosotros por allí?

—Pues bien, poca cosa también. Tu madre con sus cosas de siempre. Ya está haciendo buen tiempo, así que dentro de poco empezaremos a bajar a la playa.

—Mira qué bien, a pasarlo mal.

—Eso, eso. —Se reía—. A tomarnos un tinto de verano a tu salud. Y cuando vengas nos tomamos algo también. ¿Cuándo te vienes?

—Pues no lo sé todavía. —Otra vez con la misma pregunta; me habían dado esa semana de vacaciones, pero no se lo quería decir, no tenía ganas de volver a casa—. Tengo que cubrir la baja de un compañero.

—Bueno, pues que te vaya bien. Ya nos vas diciendo.

—Sí, sí. Oye, te dejo que estoy ya llegando a casa.

—Vale, bueno, ten cuidado por allí.

Mis padres y su idea de que Madrid es la jungla y puedo morir a cada paso que doy. Empujé la puerta

del piso, siempre se atascaba. Vivo en el número 38 de la calle Ferrocarril, al lado de la estación de Delicias. Es un piso de renta antigua por el que nos cobraban muy poco. Realmente creo que es un chollo. Había ido pasando de estudiantes a estudiantes sin necesidad de meterlo en ninguna plataforma de alquileres. El olor a fritanga de todos los bares inundaba la calle y era la antesala de lo que te podías encontrar una vez abrías las puertas del portal. Comúnmente se diría que la casa se cae a pedazos, era el precio a pagar por tener un alquiler asequible en el centro de Madrid. Todas las generaciones de jóvenes que habíamos pasado por ese piso habíamos tenido que aprender a hacer hogar entre esas viejas paredes. Tras empujar la puerta, entré directo a la cocina. Quería hacerme algo rápido y verme alguna serie mientras comía. En la nevera había un pósit de Miriam.

¡Muchas felicidades, *nene! No hagas planes para esta noche. tqtq*

Miriam es mi compañera de piso. Sabía que no me dejaría tirado hoy. En el fondo me encanta que me den alguna sorpresa y me saquen de casa, al menos en mi cumpleaños. Ya estaba más tranquilo, al menos no pasaría el día solo, no todo. Yo no tenía problemas en estar solo. Era algo que me encantaba de mí, había aprendido a no necesitar a nadie para hacer mi vida. Los que estaban en ella me aportaban muchísimo y les estaba inmensamente agradecidos por dedicarme tiempo y espacio. Cuando quisieran irse, ahí tenían la puerta, había aprendido a quererme bastante.

Acabé haciéndome unos macarrones con tomate, por vagueza y porque no había nada más en la cocina. Me fui al salón y me puse un capítulo de la serie de la que todo el mundo en Twitter hablaba ahora. Ni siquiera vi la sinopsis, pero le di una oportunidad. Diez minutos después estaba con el plato entre las piernas, en una mano el tenedor, en la otra el móvil y la serie de fondo; y para cuando me quise dar cuenta, ya tenía los macarrones fríos y una sensación de pesadez en el cuerpo que estaba a punto de dejarme muerto en el sillón. Decidí ser productivo y ponerme a limpiar el piso. Si Miriam me tenía preparado algo para esta noche, era probable que empezara en casa y ya llevábamos un par de semanas sin pasar una escoba. No pensé mucho en qué me habría preparado, pero tenía muchas ganas. Seguramente sería lo de siempre —previa en casa, risas, ponernos al día y salir corriendo a algún lado— pero con globos. Ya me podía compensar el plan de esta noche para estar limpiando la casa en mi cumpleaños. Si tuviera más dinero pagaría a alguien para que nos limpiara el piso. Y de paso que hiciera la comida. Entrar en la vida adulta no siempre era agradecido, pero sí mejor que vivir con mis padres.

Ahora entendía lo satisfactorio que es terminar de limpiar y meterte a la ducha. Aproveché el momento para sacarme una foto en el espejo con la toalla en la cintura, el pelo mojado despeinado y el filtro vapor para subirla a mi historia. En cuanto lo hice arrugué la nariz. «¿Por qué he hecho esto? Es igual, yo también me quiero sentir protagonista».

Me tumbé en el sillón a leer y un par de horas más tarde llegó Miriam. Venía de las prácticas del máster. Ella y yo nos habíamos conocido en ese máster un año antes. Al principio no hablábamos mucho, éramos unos treinta en clase y no teníamos relación. Ni siquiera las primeras veces que nos íbamos a tomar algo después de clase. Nos juntábamos bastantes, casi todos venían de fuera y estaban deseando encontrar amigos para hacer planes. Nos saltábamos la última porque nos la sudaba todo, habíamos venido a Madrid a pasarlo bien. Cuando entras a esta ciudad por Barajas, Atocha o cualquier entrada por carretera, el Gobierno te da la oportunidad de empezar de cero. Y si vienes antes de cumplir los veinte, te regalan el libreto de la película que te podías montar creyendo que eras alguien nuevo e importante. Qué ofertón. Al cabo de un mes nos sentamos juntos en una mesa de aquellos bares que colonizábamos y tuvimos nuestra primera conversación. No puedo jurar que no fuera sobre alguna mamarrachada. Ahí nos dimos cuenta de que éramos gemelos separados al nacer. Por eso estamos compartiendo piso este año. Nada más entrar fue directa a tirarse encima de mí en el sillón. Me llenó de besos sin casi dejarme respirar.

—Quita, coño. A ver, dame mi regalo.

—¿Qué regalo? Este año te regalo mi presencia. ¿Te parece poco?

—Sí, me parece poco. —Me eché las manos a la cabeza para protegerme de los golpes que sabía que se venían. Cómo tiene la mano la tía, una andaluza con mucha *malafollá*, como dice ella.

—¿Estás duchado? —asentí—. Pues vete vistiéndote mientras me ducho que ahora cenamos.

Fui al armario a por lo último que me había comprado en una tienda de segunda mano, a la salud del muerto o vivo que lo había donado. Cuando me estaba poniendo la cadena en el cuello tocaron al timbre. Miriam me gritaba desde el baño que abriera, que era la cena, pero yo ya escuchaba las respiraciones silenciosas al otro lado de la puerta. Como una caja musical, abrí la puerta para que sonara un escandaloso «felicidades» y en un segundo tenía a las niñas del máster agarradas a mi cuello. Antes de que me diera cuenta, me cogieron en peso y me llevaron manteándome hasta el salón. Habíamos hecho un grupo de ocho de la clase, algo bueno había que sacar de ese último año de universidad. Ahí estaban las niñas, con sus tops preferidos, unas hamburguesas para cenar y unas botellas de ron para después. Me apetecía un plan así. Llevaba meses trabajando sin vacaciones y necesitaba una buena fiesta. Se reían de mí por ser el más pequeño, «veinticuatro añitos ya, niño, qué mayor», mientras me tiraban de las orejas y me cogían de la barbilla. Todas eran mayores que yo, habían hecho cosas antes de entrar al máster, pero yo entré nada más acabar la carrera. Miriam me llamó desde su cuarto para ayudarla con una cosa.

—Mira el vestido en la bolsa que hay encima de la cama a ver si te gusta. Me lo compré el otro día. —Al abrir la bolsa no había ningún vestido, pero sí un par de cosas envueltas en papel de regalo.

—Pero bueno, ¿y esto?

—Pues como sabía que mi presencia te iba a parecer poco como regalo, te he traído un par de cosillas. Abre primero este.

Era el más grande. Ya me podía imaginar qué podía ser por la forma. Era el vinilo del disco de *Midnights* de Taylor Swift. Amo a Taylor Swift. Tener el vinilo era puro coleccionismo porque yo no tenía tocadiscos, pero me encantaba su música.

—Pero, pero, pero, ¿cómo has conseguido esto? Si estaba agotadísimo.

—Una que tiene sus contactos. —Yo no sé cómo lo hace, y mira que lleva poco en Madrid, pero tiene un amigo para cada cosa.

—¡Ay, que te quiero! Me encanta, me encanta, ¡me encanta!

—Cómo sabía que te iba a gustar, todos los maricones iguales, todo el día con la niña puesta en el altavoz. Te tenía que haber regalado unos cascos para que te la pongas ahí y no oírte más.

—Calla, como si a ti no te gustara. Que te la pones ahí bien fuerte para llorar. —En esta casa éramos todos fans, que lo sé yo.

—Abre este regalo, anda.

Me dio el segundo regalo. Era más pequeño, rectangular y duro. Rompí el papel. Ahí estaba, nuestra foto juntos favorita. Era una foto de los dos en una fiesta el año pasado. Estábamos en casa de otra chica de la universidad. Quisieron hacer noche de pelucas,

cada persona tenía que llevar una, la que fuese. Yo me había pasado por una tienda y había cogido una de pelo largo y castaño claro, ondulada y con flequillo. Muy básica, al contrario que Miriam. Ella llevaba una peluca corta, de pelo liso y color entre rosa y violeta, como la de Shakira en *Las de la intuición*. Nos hizo muchísima gracia aquello. Estábamos sentadas juntas y alguien nos sacó una foto. A Miriam se le ocurrió decirme que le diera un beso y así salimos, morro con morro, ella me abrazaba por detrás. Esa noche la subimos a nuestras historias de Instagram. Me la había puesto en un marco y, entre la foto y el cristal, un trozo de papel que ponía la misma frase que pusimos en aquella historia: «Sandra Barneda y Samantha Hudson, las dos lesbianas más influyentes de España».

—¡Miriam! —Saqué el labio inferior haciendo pucheros. Me abrazó enseguida—. ¡Qué bonito! ¡Me encanta!

—Para que la pongamos en el salón. O en tu cuarto, como tú prefieras.

—La ponemos en el salón para que todo el mundo la vea, claro. —Seguimos abrazados un rato.

—Te quiero mucho, ¿vale? En este año y medio que te conozco y desde que nos vinimos al piso te has convertido en alguien muy especial para mí. Eres un apoyo supergrande y sé que puedo contar contigo para lo que sea y te quiero en mi vida siempre.

Me cogía de las manos mientras me lo decía. Era verdad, yo se lo notaba. No era un mensaje bo-

nito de felicitación de cumpleaños sin más. En poco tiempo ella también se había convertido en alguien muy importante para mí. No sabía cómo expresarlo con palabras, pero había desarrollado un sentimiento de protección hacia ella impresionante. La primera vez que lo pasó tan mal por aquella chica, cada vez que le entraban las dudas por el máster y por no saber qué estaba haciendo con su vida, cuando discutía con su madre, no soportaba verla pasarlo mal. Se lo había dicho muchas veces, pero para mí era una hermana más. Me alegraba mucho de tener una amiga como ella, creo que todo el mundo tendría que tenerla en su vida. Ella no solo era de las que te escuchaban cada vez que estabas mal y tenías un problema. Sabía leerte, por mucho que intentaras aparentar que estabas bien. Le bastaba un «qué pasa, nene» para hacerme soltarlo todo y sabía que, después de escucharme, iba a darme el mejor consejo que alguien podría darme, porque así era ella, apañada, sencilla y humilde, y con esas tres cosas puedes enfrentarte a la vida.

—Ay, qué tonta, yo te quiero más.

—No, yo más.

—Yo más.

—Yo más.

—Yo más. —Hacíamos como que nos íbamos a besar y nos tiramos a la cama a revolcarnos. Lo que nos gustaba una tontería.

—Muchas gracias por organizar esto. Me ha hecho mucha ilusión.

—Muchas gracias por decírmelo. Y ahora venga, vamos fuera que estas nos matan y se nos enfría la cena.

La noche se desarrolló tal y como había esperado. Después de cenar bebimos un poco, pusimos música de fondo, nos contamos las novedades desde la última vez que nos habíamos visto —la verdad es que hacía tiempo que no coincidíamos todas juntas— y después salimos. Evidentemente me pusieron una banda que ponía «Feliz cumpleaños», no podía desaprovechar la oportunidad de que todo el mundo supiera que era mi día. Fuimos a Fluide, que es una discoteca muy pequeñita que estaba en la plaza de Chueca. Era un santuario de bolleras, pero había *shows drags* casi cada noche y nos encantaban, además de buena música y buen ambiente. Esa noche actuó una a la que no había visto nunca. Allí estaba ella, pelucón rubio platino con bien de volumen, un sujetador rosa a juego con las bragas bajo una chaqueta lencera semitransparente del mismo color. Jugaba con una boa de plumas, del mismo rosa, evidentemente, mientras cantaba *Material girl*. Era una muñequita. Cuando terminó, y entre los aplausos, una de mis amigas se acercó a hablarle rápidamente.

—A ver, por favor, me comunican que se ha perdido un niño entre el público. Fernando, cariño, sube, sube para que te vean tus padres. —Qué hijas de puta, cómo les gusta reírse de mí—. ¡Uy, Fernando! Sube, maricón. Qué guapo que es. A ver, me ha di-

cho un pajarito que es tu cumpleaños, ¿cuántos años cumples, Fernando?

—Veinticuatro. —Todo el mundo abajo empezó a aplaudir y a gritar.

—¡Nena, qué yogurín! Ahora no puedo porque estoy trabajando, pero después te doy mi teléfono. —Todas se rieron—. Hombre, claro, todo el día rodeada de bolleras aquí, una no puede desaprovechar la oportunidad. A ver, Fernando, esto no viene incluido en el precio, pero yo lo voy a hacer igual porque soy muy maja. —En ese momento empezó a cantar el cumpleaños feliz al estilo Marilyn, se aclaró la garganta—. *Happy birthday to you, happy birthday to you* —me cantaba mirándome a los ojos, arrastrando las palabras, era una Marilyn auténtica y yo era su Kennedy—, *happy birthday Mr. Fernando* —pronunció mi nombre a la vez que me agarró sutilmente el paquete, lo que me hizo dar un saltito hacia atrás y provocar la risa de todas en la sala— *happy birthday to you*.

En ese momento me cogió de la barbilla y me dio un beso, como de película. Yo estaba hipnotizado, tanto que tardé en reaccionar al jaleo del público. Al terminar me levantó el brazo cogiéndome de la mano.

—¡Un fuerte aplauso para Fernando! Y otro más grande para mí que no sabéis lo que cuesta estar así de guapa.

Mis amigas lo habían grabado todo en vídeo. Siguieron riéndose durante un rato largo mientras la fiesta seguía. Quitando aquello, la noche no tuvo nada

de especial, todo fue normalito. Bailamos, bebimos, gritamos, conocimos a alguna persona de la que no nos íbamos a acordar al día siguiente y nos dijimos lo mucho que nos queríamos y que nos teníamos que ver más. Realmente me hacía ilusión verlas y pasar tiempo con ellas, pero cada vez entendía más lo complicado que es mantener una relación de amistad. Hay muchos factores que influyen y es muy fácil acabar cayendo en el *tenemosquequedar* y el *avercuándonosponemosaldía*. Estas reflexiones que tiene uno borracho a las cuatro de la mañana. Pero ya estábamos muy cansados y Miriam se estaba poniendo borracha pesada, así que decidimos cerrar el chiringuito y darnos las buenas noches.

Nos fuimos andando hasta Cibeles, donde cogimos el N14 para volver a casa. Hicimos el camino prácticamente sin hablar. Ya habíamos llegado a ese punto en el que el silencio no era incómodo entre nosotros. En el bus apoyó su cabeza en mi hombro, dejándome con la responsabilidad de despertarla cuando llegásemos a la parada. El sueño le duró poco porque el trayecto hasta el piso no duraba ni diez minutos. Cuando estábamos llegando al portal nos encontramos con Julio. Era el vecino del 2º A, el piso que estaba encima del nuestro. Era un chico joven, bueno, creo que parecía más joven de lo que realmente era, tendría unos cuarenta y pocos. Miriam se reía porque decía que me ponía ojitos. Me había invitado un par de veces a pasar a su casa o a tomar algo en algún bar de por allí. Me daba bastante pereza, la verdad, llevaba este rollo de chico joven alternativo, maduro pero alocado, muy seguro de sí mismo. Esto seguramente

le serviría con cualquier chico joven recién llegado a Madrid, pero yo estaba harto de encontrarme a tíos como él. Aun así, me hacía gracia. De vez en cuando le seguía el juego. Sabía que nunca pasaría nada entre los dos, así que por qué no divertirse.

—¿Qué pasa, chicos? ¿Cómo estáis?

—¡Hombre, Julito, cuánto tiempo! —Miriam se le tiró al cuello y le dio dos besos.

—¿Venís de fiesta o qué?

—¡Sí! Que ha sido el cumple de Fer. —Le fui a enseñar la banda de Feliz cumpleaños pero me di cuenta de que la había perdido.

—Anda, muchas felicidades, guapo.

—Muchas gracias.

—A ver cuándo te viene bien y te invito a tomar algo por aquí, que nunca te dejas ver.

—Sí, sí, a ver cuándo nos viene bien a los tres. —Miré a Miriam buscando un salvavidas.

—Yo no puedo, chicos, estoy muy liada siempre con la uni, pero ya me contáis qué tal.

—Vaya por Dios.

—Yo me subo que estoy muerta. Nos vemos, Julillo.

Pues otra noche más. Siempre acababa pensando en qué necesidad había de salir y volver tarde y muerto, pero había algo en llegar a casa hecho un asco, sudando, oliendo a tabaco, con la cabeza dando vueltas, que me encantaba.

—¿Te apetece una pizza?

Miriam y yo habíamos cogido como costumbre hacernos una pizza del supermercado como recena cuando volvíamos de fiesta. Ya era más bien una tradición. Siempre había una en la nevera. La metíamos al horno mientras nos poníamos el pijama y salíamos a la terraza a comérnosla. Nuestra terraza era un lujo, dado el barrio y el alquiler tan bajo que pagábamos. Era un patio interior en el que se unían varias porciones de los edificios que rodeaban la manzana. Así, cada piso de la primera planta tenía un trocito. A la nuestra se accedía desde nuestras habitaciones saliendo por la ventana. Pero nunca veíamos a nadie de otros pisos usar las suyas. Nosotros teníamos puesto un toldo, unas sillas y una mesa. Allí salíamos a tender la ropa, allí cenábamos en verano y allí teníamos nuestras largas charlas por la noche al volver de fiesta comiéndonos una pizza.

—¿Qué tal la noche? ¿Lo de Alba me lo he imaginado yo o…?

—¿El qué?

—Hombre, toda la noche juntas y luego ahí bailando con una tensión que, hija, yo no sé a qué esperabais para comeros la boca.

—A ver —hizo una pausa—, ha habido un «acercamiento» estas últimas semanas.

—Cómo lo sabía.

—Pero no ha pasado nada, ¿eh? Lo que pasa es que hablamos mucho ahora. No sé, yo tampoco me lo esperaba, pero yo qué sé.

—¿Pero te gusta?

—¡Ay no sé! No sé, no sé. —Le solté una carcajada en su cara.

—A ver, ¿qué es lo peor que puede pasar si os liais?

—No empieces. No empieces que te conozco y empiezas así y luego me haces el lío y me confundes.

—Perdona, el bollodrama lo llevas tú instalado de serie, no me eches ahora la culpa a mí. Yo solo le doy al botón de ON cuando quiero divertirme.

—Pero si es que tampoco quiero nada con ella. Si acaso pues liarnos de vez en cuando y tal, pero no quiero que vaya a más.

—Pues genial entonces, menos compromiso, que después es cuando viene el drama si sale mal.

—No, si ya…

—Come, que se enfría.

—Qué risa me ha hecho lo de la *drag* hoy. —Se metió un trozo de pizza a la boca y casi no se le entendía.

—¡Ya ves! Me he quedado embobadísimo mirándola. No sé qué pasaba que no podía dejar de mirarla. Me he sentido como superconectado con ella. Era todo tan suave, tan pequeñito, tan dulce…

Se me perdió la mirada en aquel recuerdo, parpadeaba despacio, saboreándolo. La mezcla de alcohol y sueño me tenía anestesiado. La noche era cálida, estaba en silencio. Todo era agradable. Podía notar cómo Miriam aguantaba la respiración viéndome volver a aquel local. Estábamos tocando el cielo, hasta que llegó aquel ruido. No sé si sabes cómo suena un cuerpo caer de un sexto piso. Parece como el disparo

de un revólver, pero sin eco. Después, solo queda el silencio. Al menos hasta que Miriam pudo reaccionar y soltó el grito más agudo y desgarrador que había oído en mi vida. Ahora sí, solo quedábamos Miriam, el silencio y yo, y el cuerpecito de aquel niño tirado sobre el suelo.